

10. Tan célebre como Navarro entre los teólogos, es entre los humanistas el cordobés Juan Ginés de Sepúlveda, hombre estudioso, que vivía en continuo comercio con la clásica antigüedad, y sabía reproducir en su estilo las bellezas de Cicerón y Tito Livio. En la elegante historia de Carlos V que escribió en latín, ofreciósele ocasión de mencionar los principios de la Compañía, y recordando la fundación del colegio de Córdoba, debida á las liberalidades del deán y de nuestro Padre D. Antonio, prosigue de este modo: «El deán dió una casa que había edificado á mucha costa, á los jesuítas, donde éstos habitan muy bien acomodados y se sustentan con las rentas eclesiásticas que les aplicó D. Antonio cuando renunció á sus beneficios. Los más doctos entre ellos enseñan públicamente el latín, el griego y las artes liberales, y con el ejemplo de una vida honestísima y con piadosos y prudentísimos consejos, encaminan á la virtud y religión los muchos jóvenes que acuden á ellos para estudiar» (1).

Sustancioso es, aunque breve, este elogio; pero queda pálido en comparación del que hace del mismo colegio el insigne cordobés Ambrosio de Morales, padre de la Historia de España. Cuando entraron los Nuestros en Córdoba, tenía Morales cuarenta años, y habiendo presenciado la actividad apostólica de nuestros Padres en beneficio de los cordobeses, nos la ha retratado en una descripción que más parece propia de discurso animado que de histórica narración. Oigamos sus palabras: «Parecía la casa [de la Compañía] una feria de mercaderías del cielo. Veíanse por los claustros, iglesia y confesonarios, ordinaria contratación sobre los negocios de la salvación de las almas. El caballero, el mercader, el regidor, el fiscal, el juez, las madres de familia, todos acudían á tratar materias convenientes á sus oficios, resolución de las dudas y casos importantes á la justificación de sus tratos, consejos tocantes á la gobernación de sus casas. No eran muchos los obreros, aunque la mies era tanta. Eran los que había hacendosos y diligentes; tan á la mano los hallaban los pobres como los ricos para cualquiera cosa en que los habían menester. Para todos trabajaban y para todos parece que habían

(1) *Is [decanus] aedes a se magnis sumptibus erectas Jesuitis dono dedit, ubi sodales commodissime habitant, alunturque vectigalibus ecclesiasticis ab eodem Antonio, cum se sacerdotiis abdicaret, attributis, eorumque doctores publice latinas graecasque litteras et ingenuas disciplinas docent, ac honestissimae vitae exemplo, et piis atque optimis praeceptis ad virtutem et religionem adolescentes adhortantur, qui discendi gratia frequentes eodem conveniunt.* » *De rebus gestis Caroli V*, l. xxx, c. iiii.

nacido, según la voluntad con que trataban el beneficio de todos. Y con ser al fin hombres y sujetos naturalmente á cansarse y recibir importunidad algún día de negocios, no solamente ajenos, pero suyos, nunca venían de predicar tan cansados que rehusasen de confesar á nadie, ni de estar todo un día en un confesonario, ni acababan tan importunados á la noche, que no fuesen muy de buena gana á velar con los que se estaban muriendo. Fué muy grande y muy reconocida la reformatión en costumbres ejemplares, las mudanzas de vida, y mayores los reparos de daños» (1).

11. Si en los hombres prudentes, como Sepúlveda y Morales, producía tan buena impresión el celo apostólico de nuestros Padres, advínase la devoción á la Compañía que concebiría el pueblo sencillo, que, como tenía entonces entera la fe y sano el corazón, estaba muy bien dispuesto para sentir vivamente y estimar en lo justo el mérito de la virtud. Á la devoción popular se debió el dictado de *apóstoles*, aplicado á los Nuestros en Portugal. Para muestra de la veneración con que el pueblo miraba á los jesuítas, referiremos lo que sucedía en Plasencia, tomándolo de la carta cuatrimestre enviada á San Ignacio con fecha 31 de Agosto de 1555.

«Ha dado el Señor, dice, á toda esta ciudad una tan grande afeción para con los de la Compañía, que no cesan de hacer gracias á nuestro Señor, diciendo: «Bendito seáis vos, Señor, que tanto bien nos habéis traído á nuestras mismas casas, tan sin merecerlo nosotros»; y si ven algún Padre ó Hermano por la calle, páranse á los mirar como una cosa muy nueva y nunca vista. El respeto y reverencia que exteriormente les hacen á todos, no es de hombres, sino de ángeles y santos del cielo; y así llaman á los de casa los benditos, y al colegio la casa de los benditos. Y personas de mucha cualidad, á las cuales por razón de su nobleza y estado no les es deshonesto el uso del oro y sedas y trajes ricos, dicen que cuando han de venir á tratar con los Padres no osan traer sino lo más pobre y más vil que tienen, porque se avergüenzan y confunden de verse delante de personas tan santas, y verse ellos cargados de locuras y vanidades del mundo.

»Cuando el comprador de casa va á comprar algunas cosas necesarias, lo primero que dicen es que lo lleve de gracia, porque á los benditos todos los han de servir con sus personas y haciendas, y

(1) *Historia manuscrita de Córdoba*, t. ii, f. 493. Guárdase esta Historia en el Archivo municipal de Córdoba.

cuando esto no se hace, dicen que dé lo que quisiere. Todo el Ayuntamiento de la ciudad ha mostrado lo mismo, así en ofrecer lugar para el sitio del nuevo colegio, como ofrecer al Sr. Obispo unos pinares que tenía vedados, para que de ellos se corte toda la madera que para el edificio fuese necesaria, y esto sin algún interés» (1).

Pero la muestra más alta de estimación que dieron las gentes á nuestros Padres, fué el aplicarles la descripción del perfecto religioso que pone San Vicente Ferrer en el último capítulo de su obra *Tractatus vitae spiritualis*, creyendo que en los Nuestros se cumplía la predicción que en ese capítulo parece enunciar San Vicente. Véase cómo cuenta el hecho el P. Simón Rodríguez. Habiendo declarado los ministerios apostólicos en que se ocupaban en Roma por los años de 1539, mientras preparaban la confirmación de la Compañía por la Sede Apostólica, dice así: «En este tiempo no cesaban muchos de preguntar á los Nuestros, si eran ellos los hombres de quienes había hablado con espíritu profético San Vicente Ferrer, prediciendo que vendría una compañía muy santa de hombres evangélicos, insignes por el celo de la fe y por todas las virtudes. Ninguno de nuestros Padres había leído el libro de San Vicente, y á la pregunta respondían solamente con la risa, diciendo que era un sueño pensar de ellos semejante cosa; pues no tenían hinchados pensamientos, sino que se acomodaban á los humildes. Algunos años después, hallándome yo en Portugal, el obispo de Coimbra me mostró el pasaje de San Vicente, persuadiéndose casi de cierto que allí estaba descrita la Compañía de Jesús. ¡Pluguiera á Dios fuésemos tales, que se pudiera entender de nosotros aquel pasaje! Pero las palabras de San Vicente atribuyen tan admirable excelencia de virtudes á la reunión de aquellos hombres evangélicos, que no veo cómo pueda aplicárselo nadie á sí mismo sin faltar á la humildad religiosa» (2).

Tras esta juiciosa reflexión copia el P. Simón Rodríguez un fragmento del pasaje de San Vicente. Para mejor conocimiento de todo, presentaremos todo el pasaje, traducido por el P. Juan Gavastón, del Orden de Predicadores. Helo aquí: «Tres cosas habemos de meditar continuamente. La primera, á Cristo encarnado, crucificado, con los demás pasos de su vida y pasión. La segunda, la vida de los Apóstoles y de los frailes antepasados de nuestra sagrada religión de Predicadores, con deseo de parecerles en sus virtudes. La tercera, el estado

(1) *Litterae quadrimestres*, t. III, p. 576.

(2) *De origine et progressu S. J.*, p. 74.

de los varones evangélicos que Dios aun ha de traer á su Iglesia.

«Estas cosas has de contemplar día y noche; es á saber: el dichoso estado de los pobrecitos, simplicitos, mansos, humildes, desechados, y que con una caridad ardentísima aman sus prójimos, y de los que ni piensan, ni hablan, ni se saborean, sino de sólo Jesucristo, y éste crucificado. Que ni cuidan del mundo, ni de sí mismos se acuerdan; perpetuamente están contemplando la gloria soberana de Dios y de los bienaventurados, y por ella suspiran íntimamente, y por su amor están deseando la muerte, y á imitación de San Pablo dicen: «Deseo ser desatado y estar con Cristo.» Y juntamente desean los inestimables é innumerables tesoros de las riquezas celestiales, empapándose en aquellos dulces y melifluos arroyos de deleites, suavidades y amedidades, que todos los bienes encierran y abrazan.

«Debes imaginar también á estos mismos, como cantando con alegría un cantar angélico, tañendo en las cítaras de su corazón. Esta contemplación despertará en ti un deseo grande de ver aquellos tiempos. Causarte ha cierta luz admirable, quitando todo el nublado de duda é ignorancia, y clarísimamente verás, podrás discernir todos los defectos de aquestos tiempos, y el místico orden de las Órdenes eclesiásticas, hechas desde que empezó Cristo, y quedan por salir hasta la fin del mundo. Y finalmente, hasta la gloria del Todopoderoso Jesucristo, que crucificado lo has de llevar perpetuamente en tu corazón, para que te lleve á tí á su eterna gloria. Amén» (1).

(1) *Tratado de la vida espiritual de nuestro P. San Vicente Ferrer....., traducido por el P. Fr. Juan Gavastón, O. P. Valencia, 1616.*

«Tria sunt á nobis singulariter et quasi assidue meditanda. I. Christus crucifixus, incarnatus, etc. II. Status Apostolorum et fratrum praeteritorum nostri ordinis, et hoc cum desiderio ut illis conformemur. III. Status virorum Evangelicorum futurus. Et hoc debes die noctuque meditari, scilicet statum pauperrimorum, simplicissimorum et mansuetorum, humilium, abjectorum, charitate ardentissima sibi conjunctorum, nihil cogitantium aut loquentium nec saporantium nisi solum Jesum Christum, et hunc crucifixum, nec de hoc mundo curantium, sui que oblitorum, supernam Dei et beatorum gloriam contemplantium et ad eam medullitus suspirantium, et ob ipsius amorem semper mortem sperantium et ad instar Pauli dicentium: Cupio dissolvi et esse cum Christo: et innumerabiles ac inestimabiles thesauros divitiarum coelestium: et super dulces et melifluos rivos divitiarum, suavitatum et jucunditatum et super omnia mirabiliter expansos et superinfusos. Et per conversationes imaginari debes eos ipsos, ut cantantes canticum Angelicum cum jubilo citharizantium in citharis cordis sui. Haec imaginatio ducet te plus quam credi potest in quoddam impatiens desiderium adventus illorum temporum, et inmixtum vel mysticum ordinem Ecclesiasticorum ordinum productorum et producendorum ab initio Christi usque ad finem saeculi, et usque ad

Probablemente el sentido del pasaje no es profético, sino didáctico. No predice el Santo lo que será, sino que describe *lo que debe ser*. Como diríamos ahora, traza San Vicente en esas líneas el ideal del estado religioso. Efectivamente, ¿es creíble que el santo propusiera como materia de meditación continua (*assidue meditanda*), un hecho histórico escondido en las tinieblas de lo futuro, y que sólo él conocía por revelación? Pero dando por cierto que en el pasaje aludido no se trata de la Compañía, lo que queremos decir es, cuán grande sería la estimación que las gentes hacían de nuestros Padres, cuando creyeron que ellos eran los hombres anunciados por San Vicente Ferrer, y que en ellos se realizaba el magnífico ideal de la vida religiosa delineado en ese fragmento.

12. Terminemos este capítulo y todo este primer tomo con la juiciosa y amena descripción que hace de la enseñanza de la Compañía el príncipe de nuestros ingenios. En el coloquio de los perros, describiendo Cervantes con la viveza que suele, y tal vez con realismo algo crudo, varias clases de la sociedad de entonces, tomó ocasión para hacer un elogio admirable de nuestros colegios. El perro Berganza, acercándose á la puerta del aula donde enseñaba un Padre de la Compañía, hace las siguientes reflexiones: «No sé qué tiene la virtud, que con alcanzárseme á mí tan poco ó nada de ella, luego recibí gusto de ver el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos Padres y Maestros enseñaban á aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban: consideraba cómo los reñían con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios y los sobrellevaban con cordura; y finalmente, cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios y les dibujaban la hermosura de las virtudes, para que, aborrecidos ellos y amadas ellas, consiguiesen el fin para que fueron criados.» Á esto responde el otro perro, Cipión: «Muy bien dices, Berganza, porque yo he oído decir de esa bendita gente, que para repúblicos del mundo no los hay

gloriam summi Dei Jesu Christi. Crucifixum semper portans corde tuo, ut te ad suam aeternam gloriam perducat. Amen (*)

(*) *Compendium mysticae doctrinae ex variis SS. Patrum sententiis magna ex parte collectum auctore Vener. Fr. Bartholomaeo a Martyribus O. P. Archiep. Bracharensi..... Venetiis, 1711.* Desde la pág. 229 hasta la 365 está el *Tractatus vitae et instructionis spiritualis S. Vincentii Ferrerii.*

tan prudentes en todo él, y para guiadores y adalides del camino del cielo, pocos les llegan; son espejos donde se mira la honestidad, la católica doctrina, la singular prudencia, y finalmente, la humildad profunda, base sobre quien se levanta todo el edificio de la bienaventuranza.» «Todo es así como lo dices», responde Berganza (1).

Es imposible elogiar más á la Compañía. Sólo nos queda desear que nuestros religiosos sean siempre lo que Cervantes dice, *espejos donde se mira la honestidad, la católica doctrina, la singular prudencia y la humildad profunda.*

(1) *Coloquio que pasó entre Cipión y Berganza.*